

Una carta de Petko Todorov

León Trotsky

20 de noviembre de 1912

(Versión al castellano desde “Une lettre de Petko Todorov”, en L. Trotsky, *Les guerres balkaniques. 1912-1913*, Éditions science marxiste, París, 2002, páginas 397-399. Publicado en *Kievskaja Mysl'*, número 332, 30 de noviembre de 1912.)

A raíz de mis observaciones sobre la implicación de la intelectualidad democrática búlgara¹ en la censura militar (observaciones que, debido a las condiciones de la censura en Rusia, llegaron a mis involuntarios lectores búlgaros antes que a mis lectores rusos), recibí una carta del señor Petko Todorov, famoso hombre de letras búlgaro. Creo que es mi deber publicar esta carta íntegramente.

Estimado Sr. Antid Oto²,

He leído sus “Cartas desde los Balcanes” y lamento no haber podido leer lo que E. N. Čirikov escribió sobre el mismo tema en el *Kievskaja Mysl'*.

Creo que los reproches que lanzáis a los demócratas búlgaros, y a mí en particular, son el resultado de un malentendido del que suelen ser víctimas los rusos que vienen a Bulgaria. El hecho es que ustedes los rusos, por utilizar un espléndido refrán de su país, tratan de aplicar sus reglas en monasterios ajenos.

Si conocieran un poco la historia de nuestro renacimiento, de cómo la democracia búlgara recuperó sus propias iglesias, escuelas y estado, se habrían dado cuenta de que las conquistas espirituales, políticas y económicas de la democracia búlgara son única y exclusivamente fruto de nuestros esfuerzos. Si conocieran la épica lucha librada por esta democracia, en defensa de la constitución, contra el régimen absolutista del Príncipe de Battenberg y nuestra capacidad de reacción contra el abuso de sus prerrogativas (derogación de las leyes sobre funcionarios, cierre de universidades, creación de la Orden de los Santos Cirilo y Metodio), entonces comprenderían por qué hemos aceptado con ecuanimidad la censura militar y por qué no nos quejamos de su funcionamiento. Personalmente, y creo poder hacer extensiva mi convicción a cualquiera que conozca un poco al pueblo búlgaro, no me cabe duda de que ello se debe, en primer lugar, a la firmeza de nuestra democracia, capaz de regir sus propios destinos, y luego a la disciplina cívica que se forma en un estado de derecho como el nuestro, donde cada ciudadano puede participar en la construcción de la cultura común. Pero, sobre todo, nace de nuestra conciencia de que la realización de la inmensa tarea humana y nacional que hoy nos une a todos no debe verse obstaculizada por la crítica individual o partidista. No dudamos ni por un momento de que llegará el día en que este espíritu crítico pueda volver a expresarse libremente, la libertad en la que nosotros, los ciudadanos de la Bulgaria constitucional, estamos acostumbrados a vivir, escribir y actuar.

Sabiendo que comparto los mismos sentimientos que el pueblo búlgaro a este respecto, considero que mi participación en la censura militar no es ni más ni menos que el ejercicio de un deber cívico. Cientos de miles de mis conciudadanos han sido enviados a luchar, unos a Çatalca, otros al sitio de Odrin; a mí se me ha confiado la tarea de proteger nuestra lucha por la liberación contra los espías y saqueadores con que los órganos de la usurera prensa europea han inundado nuestro país. Bajo tales circunstancias, mis responsabilidades se limitan a cumplir, a conciencia y con precisión, la tarea que se me ha confiado sin abusar del poder que ello me confiere. En cuanto a la responsabilidad compartida por la guerra y su resultado, no puede recaer sólo en unos pocos individuos. Pues, teniendo en cuenta nuestra organización política y social, no hay un solo grupo político que esté exento de esta responsabilidad.

Así que ya ven lo lejos que estamos los búlgaros de la tendencia rusa a eludir nuestras responsabilidades. Nosotros, a diferencia de ustedes, encontramos en la responsabilidad los fundamentos de nuestro sentido cívico y es con este espíritu con el

que, al igual que la democracia europea, nos esforzamos en garantizar nuestros derechos como seres humanos y ciudadanos. Su intransigencia también nos es ajena. Tendemos a verla como una anomalía que se ha acentuado en ustedes a causa del régimen absolutista bajo el que se ven obligados a vivir. Me parece, además, que esta intransigencia no es más que un medio de ocultar la impotencia social y la falta de sentido práctico que les aquejan.

No es necesario plantar la semilla de la intransigencia en la democracia búlgara, sino lo que los franceses llaman *le sens de la mesure*, el comportamiento sano, esencia de toda cultura y, en mi opinión, principal legado del mundo antiguo.

Atentamente, con mis más sinceros saludos

Petko Todorov

Sofía, 19 de noviembre de 1912

Permítanme hacer dos comentarios sobre esta carta, interesante en muchos aspectos.

El señor Todorov responde, sin la menor vacilación, a mis observaciones críticas sobre la vida pública búlgara con un “espléndido refrán ruso”: no apliques tus reglas en monasterios ajenos. Pero ciertamente no tuvo en cuenta el hecho de que escribo para lectores rusos, no búlgaros, y que por tanto actuó dentro de mi propio monasterio. Escribo sobre acontecimientos búlgaros para un público ruso y, es cierto, parto de un punto de vista ruso, de la herencia de nuestra historia. Pero, ¿cómo podría ser de otro modo? El mismo señor Todorov ataca (fugaz pero categóricamente) a los demócratas rusos por su “falta de sentido práctico”. ¿Acaso no se le ha ocurrido a Todorov que el “espléndido refrán” ruso puede resultar contraproducente? Pero reconozco de buen grado el derecho de nuestro autor búlgaro a criticarnos dándonos su punto de vista. Sin embargo, sigo convencido de que este punto de vista se basa en un nivel rudimentario de cultura política.

El señor Todorov ha utilizado un lenguaje muy pintoresco, quizá demasiado, para hablar de los corresponsales de los periódicos europeos, por lo que me gustaría hacer una segunda observación. Los describió como espías y saqueadores enviados por usureros. Me temo que este juicio va en contra de ese antiguo sentido de la moderación que el señor Todorov elige como esencia de toda cultura. En realidad, tiene otros objetivos. Para hacer su trabajo sucio, los usureros de Europa cuentan con una multitud de agentes entre los nativos. Además, ¿cómo puede la censura controlar el espionaje? ¿Desde cuándo los espías presentan sus informes a la censura? Si los espías han venido realmente aquí bajo la identidad de periodistas, hacen su trabajo lejos de los omnipresentes censores. Tanto es así que esta última dirige toda su atención contra los periodistas que quieren decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad.

Por el momento, no quiero pronunciarme sobre la cuestión de la responsabilidad (¿de qué, de quién?). Me reservo el derecho de volver sobre este tema cuando pueda escribir toda la verdad. Y, en esa ocasión, procuraré mostrar un mayor sentido de la moderación que los respetables censores de Sofía.

Sofía, 20 de noviembre de 1912

Edicions Internacionals Sedov

Serie: Trotsky inédito en internet y en castellano



germinal_1917@yahoo.es

¹ Ver en esta misma serie de nuestras EIS: “La censura militar búlgara” y “La prensa y la censura”.

² Pseudónimo de Trotsky en aquellos momentos.